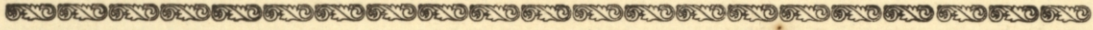


Real Academia de Bellas Artes de San Fernando



Discursos leídos en el acto de la recepción de
Don Antonio Palacios y Ramilo
el día 27 de junio de 1926

Real Academia de Bellas Artes de San Fernando

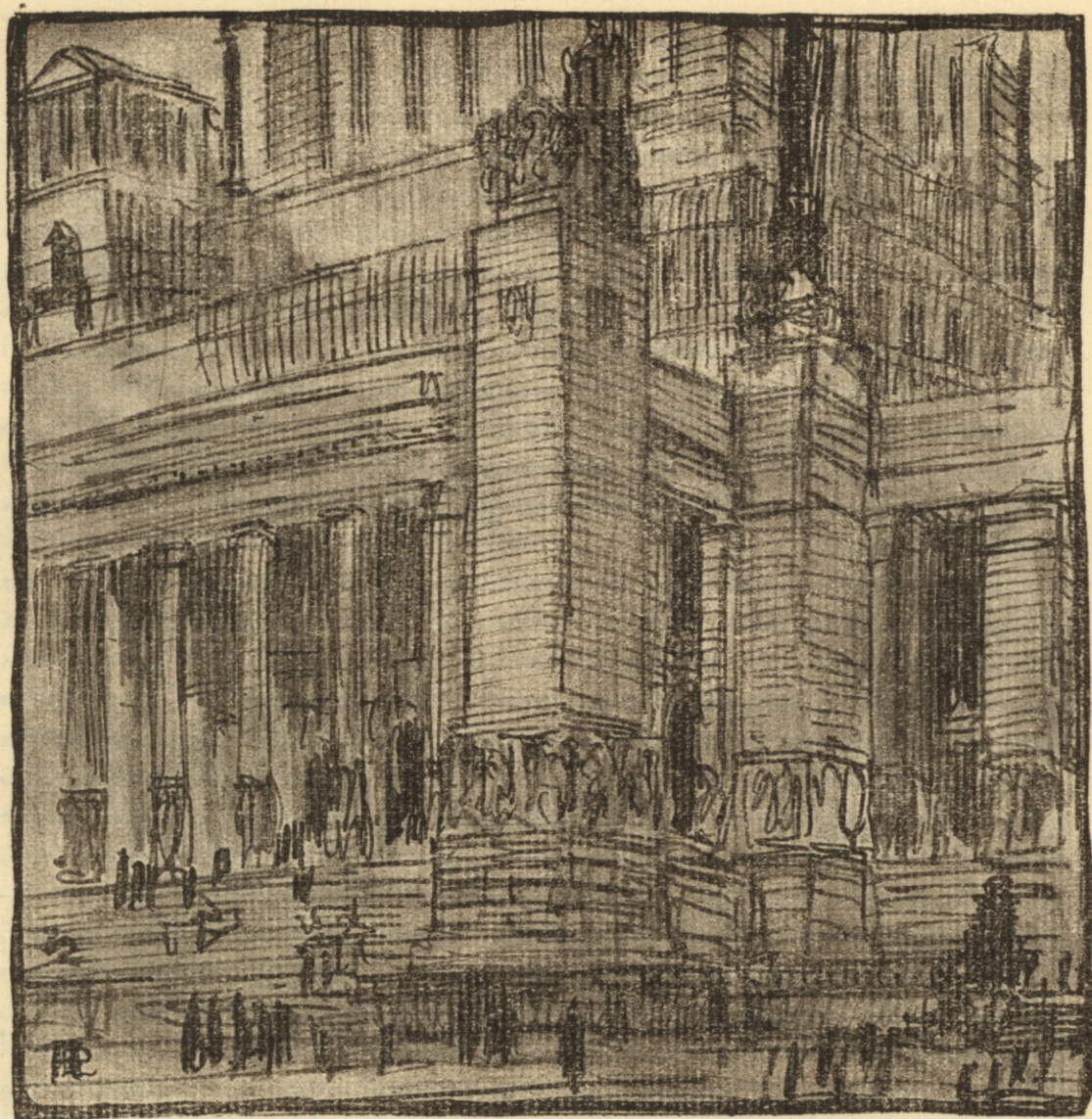


DISCURSO DE DON ANTONIO PALACIOS Y RAMILO



Discursos leídos en el acto de la recepción de
Don Antonio Palacios y Ramilo
el día 27 de junio de 1926

DISCURSO DE D. ANTONIO PALACIOS Y RAMILO



PALACIO DE LAS ARTES

Angulo del Pórtico
Principal.

Señores Académicos:

Ha llegado para mí el Día Mayor, en que he de recibir la suprema investidura a que puede aspirarse en mi profesión. No poseía hasta hoy condecoración alguna, ni ostentaba cargo oficial permanente, ni título honorífico de ninguna clase, como no fuese el nobilísimo de Arquitecto español, y de pronto, con anticipaciones que demuestran vuestras bondades, desbordadas en mi obsequio, me otorgáis solemnemente, como primera, pero también como suprema distinción, la medalla de Académico de la de Bellas Artes de San Fernando, que yo entreveía en mis no demasiado lejanos ensueños juveniles, como galardón inaccesible al considerarla «El Toisón de Oro del Arte».



Sólo dos notas tristes vienen a nublar mi sano orgullo de este feliz momento, aminorando con ellas mi justa satisfacción.

Pienso ahora que la mayor parte de las vanidades y halagos del amor propio por los honores recibidos tienen una parte personal escasamente directa, aun en aquellos más infatuados de sí mismos. No son nada, nada significan, si no pueden ser ofrendados a los seres más queridos, trasladándoles la propia alegría, en ellos agigantada; y cuando me elegisteis, yo pensaba, más que en mí, en la enorme satisfacción que allá, en la provincia lejana, produciría a los que me dieron el ser este honor tan grande que hoy me dispensáis; y si desde las eternas regiones ignotas del más allá pueden vislumbrarse los sucesos de este bajo mundo, dos almas vibrarán en estos instantes con luminoso resplandor..., ¡y con ello la mía quedaría ahora colmada de divino afecto!

Ya veis la suprema importancia con que a mi espíritu se presenta este acto con que me honráis.

Pienso también—con triste pensamiento—que estos actos de fiesta lo son al propio tiempo de dolor. Así lo determina el forzoso encadenamiento de la rotación de la vida, ocupando los que vivimos el propio lugar de los que desaparecieron. Así, los laureles, y los mirtos, y las palmas triunfales, viven en los Campos Sagrados de la propia savia extraída de la santa tierra formada por la mortal materia humana de los que fueron. Y así, para que llegue este momento de satisfacción mía (que yo sé que es también satisfacción vuestra), es preciso que vosotros y yo tengamos que lamentar la desaparición de aquel hombre bueno, gran corazón de artista, que se llamó *D. Enrique María de Repullés y Vargas*; y después de recordarle como hombre bueno y artista de gran corazón, no se precisaba ya, por mi parte, avivar más el recuerdo que ahora suscita en vosotros su alto prestigio, y, aunque lo intentare, ¡qué difícil es, en unos breves, sobrios trazos, evocar la personalidad varia del ilustre Académico desaparecido! Y, por otra parte, ¡qué enormes escollos presenta la crítica de la Arquitectura actual, cuando nadie se atreve a afrontarla, ni aun en los momentos de mayor frialdad de espíritu!

Pero sí podemos recrearnos ante su amplia obra de Arquitecto, realizada a lo largo de sesenta años de no interrumpida vida profesional.

¡Sesenta años! He ahí una labor constante y fuerte, cuya magnitud es para nosotros de enorme pesadumbre, al reflexionar que no llevamos recorrido sino la tercera parte de ese camino y sentimos ya la fatiga de tantos desvelos y tanta dolorosa preocupación como nuestra dura profesión entraña.

No sólo es la duda de la intrincada trama de la idea germen, de la forma que la plasma, de las mil dificultades de la realización constructiva: es la vacilación de la medida y ritmo y de los problemas de materia, masa y color; es el tormento de pasar las noches desveladas por la más acertada resolución de los problemas mecánico, del económico o del social, entrañando cada uno, en competencia con los demás, la máxima gravedad; es el desdoro o la vergüenza de la equivocación posible, equivocación al descubierto de todas las publicidades; es el suplicio mayor aún del temor a los errores o del abandono de los demás; son las vidas o las fortunas pendientes de nuestros aciertos, de

nuestros desvelos o nuestros propios abandonos; es, en otros casos, la posibilidad de destruir la integral belleza de una ciudad o la de un paisaje; es la responsabilidad para siglos, la responsabilidad para siempre, de la obra que creamos, o la más funesta responsabilidad aún, de estropear las obras realizadas por los hombres superiores de otros tiempos. ¡Sesenta años de vida profesional de Arquitecto! ¡No sé si pedirle a Dios que me los conceda a mí también, o que terminantemente me los niegue!

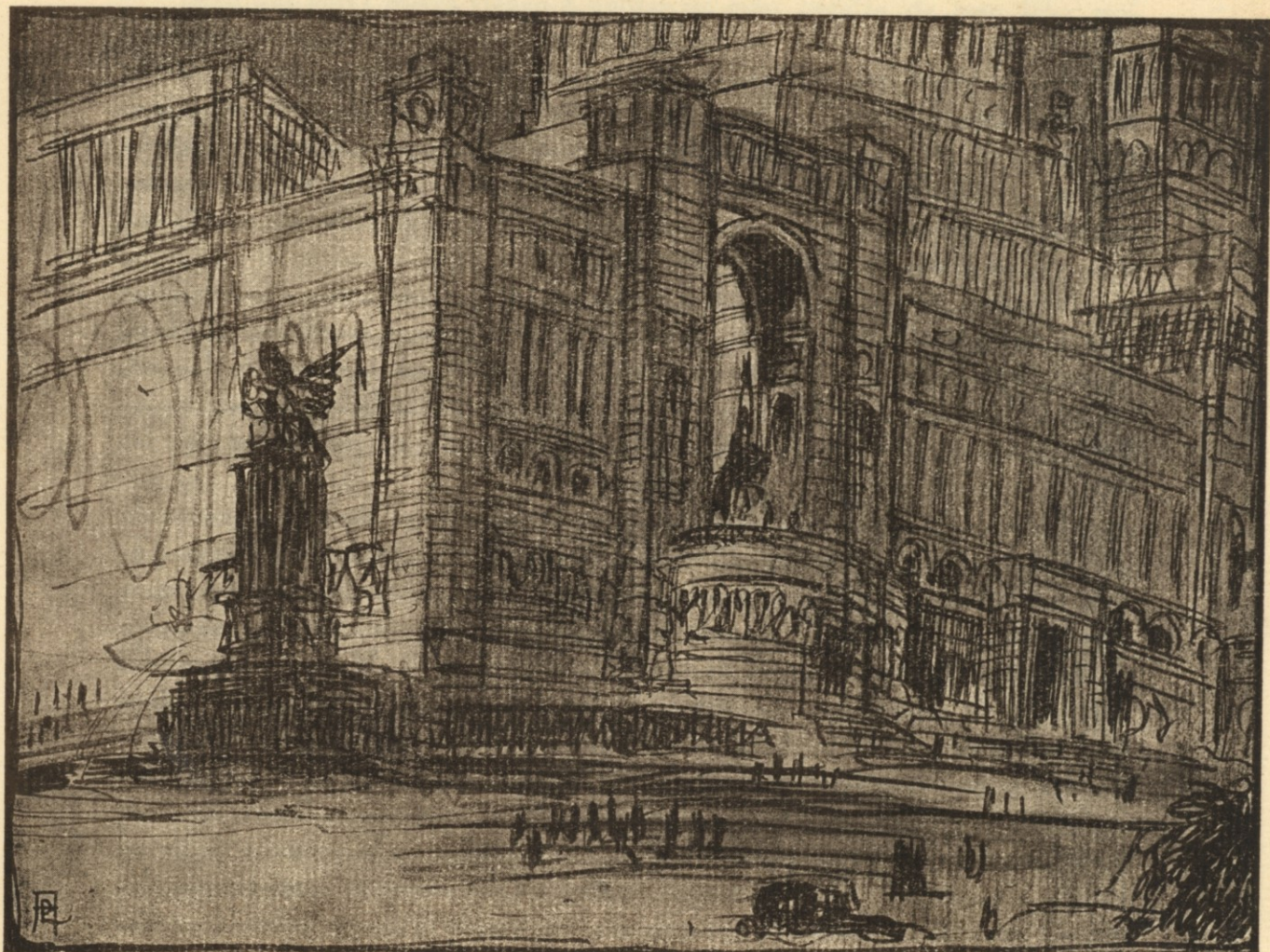
He aquí por qué nuestro D. Enrique, al cabo de esa vida, a la vez dolorosa y elevada, gloriosa y ruda, llena de generosidades y sacrificios, tenía ya en sus últimos años ese aspecto de santo de marfil, característico de los artífices medievales o del Renacimiento, devorados por la fiebre de sus ansiedades geniales; venerable aspecto fijado en el lienzo y en el bronce por las mágicas artes de Sorolla y de Benlliure.

Y así, con esta tensión del espíritu y la materia, Repullés tan sólo construía templos; iglesias y catedrales. Planeaba y ejecutaba la catedral de Santa Teresa, en Alba de Tormes, su obra característica; construía la catedral de la Almudena, de Madrid, y reconstruía las dos catedrales, la vieja y la más vieja de Salamanca y San Vicente de Avila, y el templo de Hortaleza, y el del Seminario de Almería, y las iglesias de Santa Cristina, la de Nuestra Señora de los Angeles, la de las Oblatas, la de la Divina Pastora, la de las Adoratrices, y la restauración de la de San Jerónimo, todas en Madrid. Y cuando no construye edificios religiosos, eleva obras tan importantes como la Casa Consistorial de Valladolid, sintiéndola, del mismo modo, como templo del Pueblo. Y cuando edifica la magnífica Bolsa del Comercio, como templo clásico, la concibe también, aunque esta vez sea templo dedicado al moderno dios del oro. Y cuando construye la lujosa o la modesta vivienda, como templo también la sueña. ¡Esta vez, con la unción del que santifica su propio hogar!

Sus obras de crítica y de propaganda escrita de popularización de la Arquitectura, tan raras en el verdadero, auténtico, profesional de cualquiera de las Artes, completan su varia, interesantísima, fecunda personalidad.

Pero, por encima de todas estas altas cualidades, destacaba en él una de las más estimadas en el hombre: su bondadosa caballerosidad. A este propósito, debo consignar aquí un pequeño episodio que personalmente me atañe y refleja hasta dónde llegaba esa bondad suya.

Había presentado yo un proyecto a concurso, de cuyo Jurado formaba parte Repullés con otros Arquitectos. Mi proyecto fué entonces desechado y declarado fuera de concurso. Habitado yo al fragor de las batallas, me preocupaba, sin embargo, en tal ocasión, entre otros pensamientos, el de que don Enrique pudiera creerse disgustado con él por ese fallo, de tal modo adverso, y no me tranquilicé hasta el siguiente día, en que decidí ir a su casa para decirle que mi veneración hacia él permanecía invariable. No precisé llegar hasta allí: le encontré en la calle, y, al exponerle sucinta y llanamente mis sinceros sentimientos, sus ojos se arrasaron de lágrimas, ¡de lágrimas!, por un acto de afecto tan sencillo.



CROQUIS DE UN FRAGMENTO DE LA FACHADA LATERAL

¡Le hemos perdido! Pero vivió fecundamente y murió después de haber cumplido los deberes del que nace artista y español: rindiendo su vida entera para enaltecer su profesión y honrar a España.



Pero no miremos más hacia atrás. Volvamos, sobreponiéndonos a estas tristes ideas, la mirada al presente y al porvenir. No me habéis recibido para escuchar tan sólo justas, pero ya estériles lamentaciones. Queréis que con vosotros colabore y trabaje, y he ahí el ilustre ejemplo señalado a cuya imitación debo aspirar.



Es España uno de los países próceres del mundo. Señoreó un día dos continentes. No conserva aún el material poderío de aquel inmenso Imperio, pero su alma grande permanece intacta. Quien lo dude, por la funesta manía

que tenemos de disminuirnos a nosotros mismos, reflexione que es hoy, como lo ha sido siempre, en la Geografía espiritual del Arte, una de las seis u ocho potencias de la Tierra. Sin embargo (hoy como ayer), debemos declarar que de tan singularísima preeminencia no hemos obtenido, por falta de una más perfecta articulación de las actividades artísticas nacionales, los resultados de índole espiritual, y, como consecuencia de ellos, los no despreciables de interés material, a que España debe aspirar, como tal potencia grande en el mundo del Arte.

Esta preponderancia artística se ha manifestado siempre en nuestra Patria, y hace miles de años sus pintores rupestres realizaban las obras más bellas entre todas las conocidas. Después, ya en los tiempos históricos, la civilización ibérica, esencialmente indígena, hace presente sus potentes manifestaciones artísticas, como lo son también las de la civilización celta, no bien estudiada todavía; y más tarde los resplandores arquitectónicos de Itálica, Emérita-Augusta y Tarraco-Nova competían con los de la misma Roma, y cada día se estudian con mayor asombro nuevas aportaciones de nuestro característico período visigótico, en el que están ya contenidas todas las esencias del gran Arte del Califato de Córdoba, tan profundamente español; y cuando en toda Europa se realizaban construcciones más modestas, Compostela construía su gigante catedral, de perfección definitiva, catedral madre, con todos los problemas resueltos de lo que fué más tarde el gran desdoblamiento del arte gótico francés, y en su Pórtico de la Gloria se escribía una de las páginas más grandiosas de la Historia del Arte, al estar contenidos en esta obra de maravilla todos los gérmenes de las artes arquitectónicas y escultóricas del Oriente y del Occidente, de su pasado y del porvenir, llegando en adivinaciones milagrosas hasta los linderos del Renacimiento, y los más modernos del arte de Rodin o de Bourdelle. ¡Al mismo tiempo en la otra media España se edificaba la Giralda...! Y al fundirse las corrientes de estas fuentes cristiana y mahometana surge, una vez más, un nuevo estilo españolísimo, el estilo mudéjar, y con él la genuina castiza originalidad del estilo Isabel, al que el ilustre crítico Berteaux reconoce como excepcional en Europa, y que produce joyas tan perfectas y tan nuestras como son, entre otras mil, las lonjas de Palma y de Valencia, San Juan de los Reyes, el palacio del Infantado y San Gregorio de Valladolid, y más tarde aún las esplendorosas manifestaciones nacionales del barroco inundan, con profusión y riqueza que asombran, de magníficos monumentos la España entera.

Y todo este gran arte propio se desbordó a la «Magna Hispania», que se extendía entonces por ambas orillas del mundo, injertando allí nuestro lenguaje arquitectónico, del mismo modo que allí llevamos el lenguaje de la fe y el romance de Castilla. Y al propio tiempo que la escultura y la música tuvieron entre nosotros sublimes cultivadores, los pinceles de Velázquez y de Goya no han sido y acaso ya nunca serán superados por nadie.



Cierto es que en algunos breves períodos de nuestra historia existen desfallecimientos del vigor artístico nacional. ¿Qué país no los ha tenido?

El más próximo a nosotros fué el experimentado en el segundo tercio de la pasada centuria, sin duda a causa de la larga convalecencia subsiguiente al arrasamiento de nuestros grandes monumentos de arte por la metralla y la tea incendiaria de la invasión napoleónica, más tarde por la depresión producida por luchas interiores y coloniales y, finalmente, aun, por la lamentable «almoneda» nacional de la desamortización, que produjo más daños en nuestros monumentos que las mismas guerras.

Singularmente en Arquitectura sufrimos, por nuestro apocamiento de entonces (salvando notables excepciones), una verdadera «colonización» que llegó hasta muy cerca de nuestros días. Los extraños ocupaban los puestos de honor intelectualmente directivos. Los nuestros realizaban tan sólo la material mano de obra.

Sin apartarnos de la arteria principal de la capital observamos que son extranjeros, mejor dicho, obra de extraños, el edificio del Ministerio de la Gobernación, entonces Casa de Postas; el de Hacienda, la Equitativa, el Casino de Madrid, el Fénix, el Palacio de Riera y tantos otros... Y esto mismo ocurría en otros órdenes de la actividad nacional, y no se concebía en esos recientes tiempos una explotación minera, de electricidad, construcciones navales, tranvías o ferrocarriles que no estuviese intervenida en su dirección por franceses, belgas, ingleses o suizos.

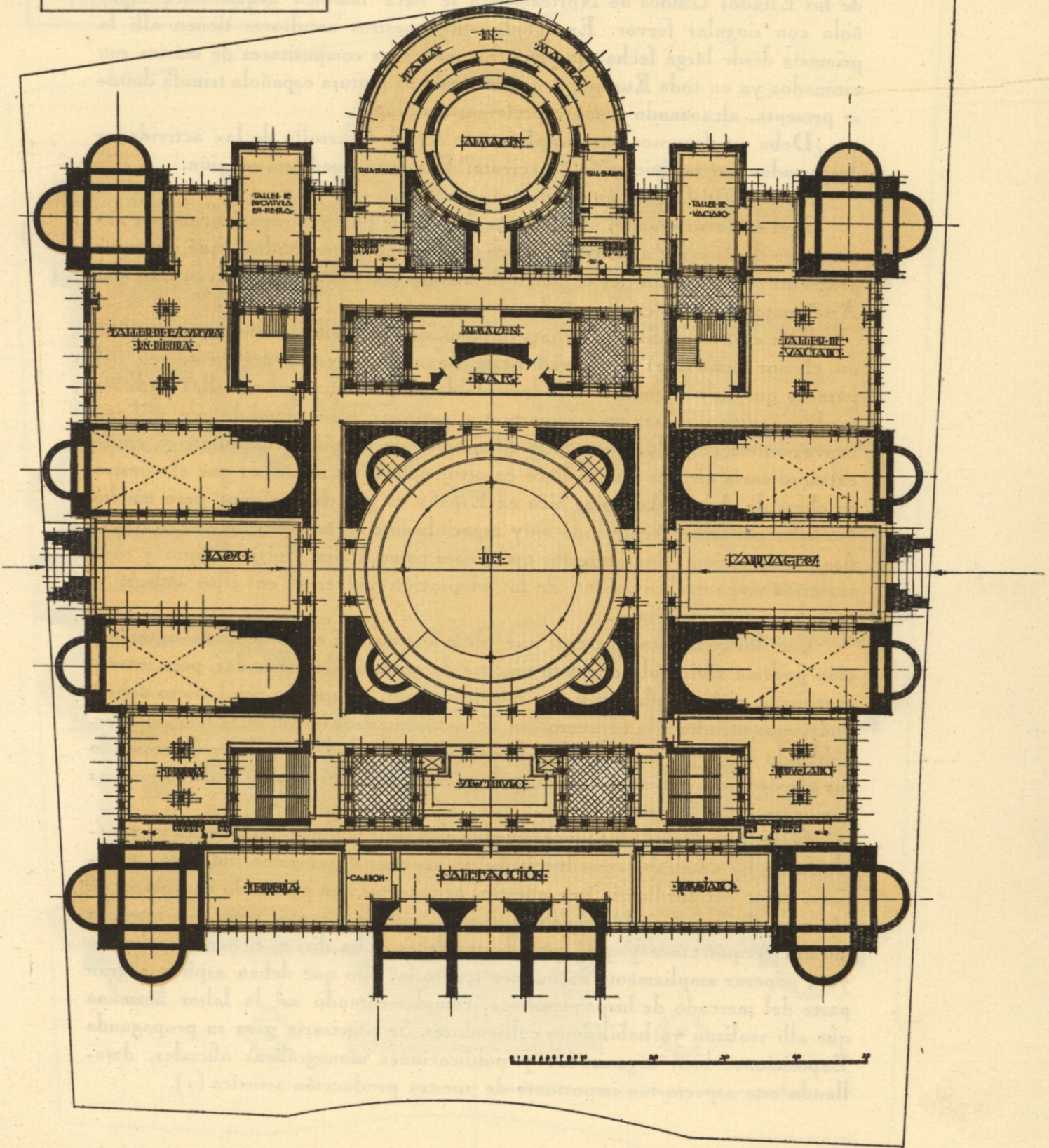
Afortunadamente, esto ha cambiado de modo radical desde hace veinticinco o treinta años, y corresponde ese honor a la presente generación, en que lo hecho en todas las actividades nacionales, bueno o tan sólo mediano, es ya completamente nuestro.

Acaso esta labor de los artistas y de los técnicos de todos los órdenes no sea aún absolutamente perfecta; pero esta perfección renaciente se alcanzará por grados sucesivos en lo futuro, y la España de esos tiempos adversos habrá pasado, de ser un país semicolonizado, a pensar y ejecutar por cuenta propia, y, cuando esto se reflexione por todos, se juzgará la obra de nuestro tiempo con verdadera benevolencia. Ningún Arte precisa para su sucesiva perfección un espíritu de firme continuidad como la Arquitectura.

Quiero hacer presente aquí que, en lo que al ardiente deseo de nacionalización de este Arte se refiere, el gran impulso definitivo corresponde exclusivamente a mi maestro, y maestro de toda la actual generación de Arquitectos, D. Manuel Aníbal Alvarez, del cual el más humilde discípulo se presenta hoy ante vosotros.

Este acontecimiento de la nacionalización renaciente de las actividades españolas, en que muchos no han reparado y al que debe concederse extraordinaria importancia, porque la independencia del espíritu es más importante aún que la material independencia, tiene también su natural repercusión en los países hispánicos de Ultramar. Dominaban allí (más que en nuestro suelo) los arquitectos y técnicos de todo género, franceses e italianos, y hoy se cultiva, todos lo sabéis, con especial complacencia, y muchas veces con singular maestría, el acento arquitectónico español, por arquitectos de nuestra propia sangre, y se estudia por ellos con afán no sólo las esencias de nuestro Arte nacional peninsular, sino que conservan también como preciadas reliquias los restos

PALACIO DE LAS ARTES



PLANTA DE SÓTANOS

de la Arquitectura colonial española de otros tiempos. En los países hispánicos de los Estados Unidos de Norteamérica se hace también arquitectura española con singular fervor. Es sabido que nuestros escultores tienen allí la primacía desde larga fecha; que nuestros modernos compositores de música son estimados ya en toda Europa, y que la moderna pintura española triunfa donde se presenta, alcanzando siempre preferentísimo lugar.

¿Debe satisfacernos por completo este actual desarrollo de las actividades despertadas por tal iniciación renaciente? Expuesta queda mi opinión.

Nuestra satisfacción no puede ser completa.

Si el esfuerzo grande, sin duda, realizado sin perfecta organización por actuaciones dispersas y aisladas, produce tan favorables resultados, ¿qué inmensos progresos se derivarían del orgánico desarrollo e integral desenvolvimiento del Arte contemporáneo en España?

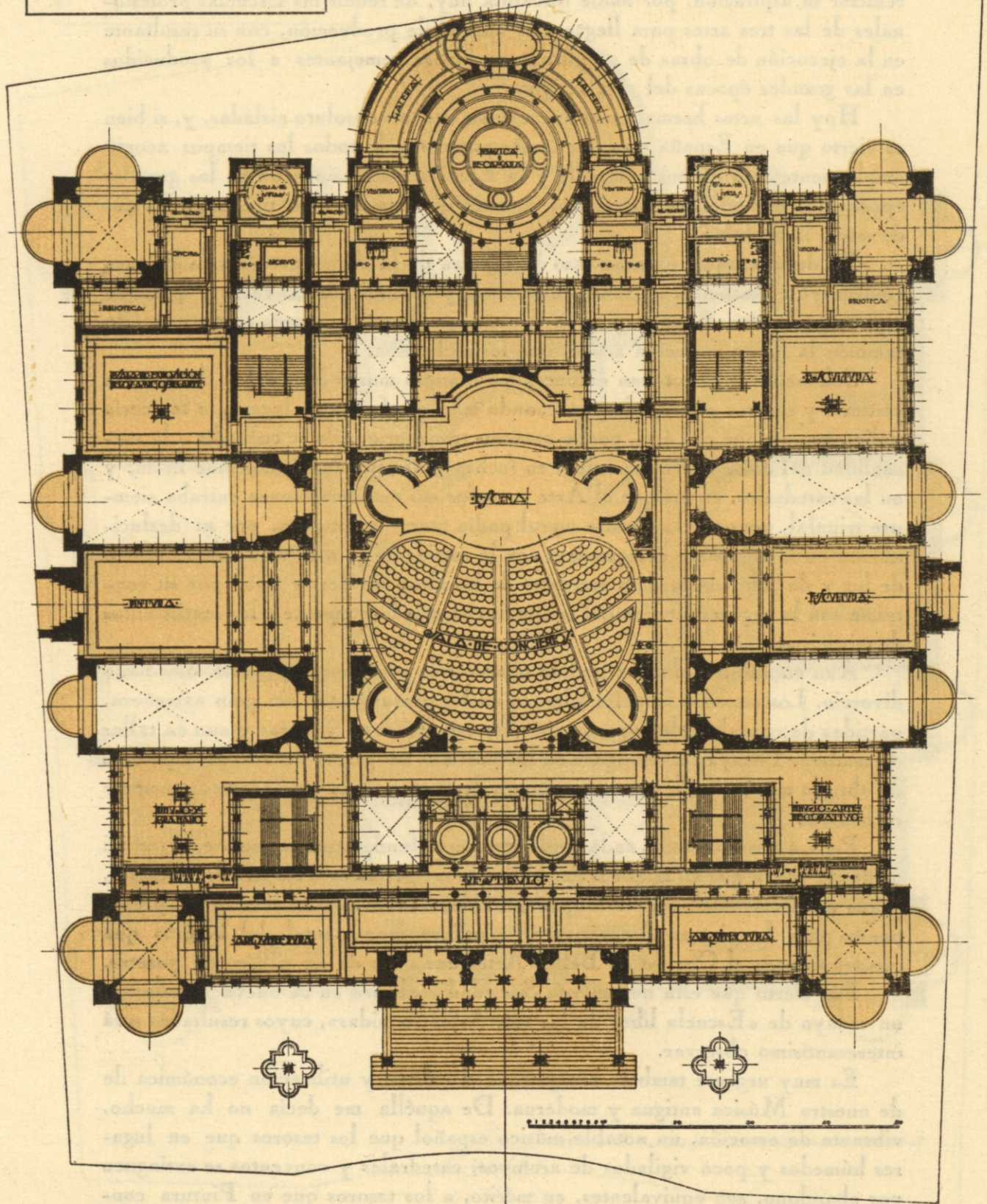
Para ello es preciso, en primer término, que se atienda debidamente (es éste un clamor constante) a la gran parte de nuestro tesoro arquitectónico del pasado, que hoy se encuentra en lamentable abandono, y que aquellas ciudades y edificios que por ser más importantes están ya bien atendidos se utilicen convenientemente a los fines de la admiración de propios y extraños, y en la extraordinaria medida que se hace en otros países, no más ricos que el nuestro en obras de Arte. Mucho se hizo en España en pro del turismo; pero mucho nos falta por hacer, renovando muy especialmente los manidos itinerarios trazados por la rutina. Consideremos que países como Italia, Suiza, Egipto y tantos otros viven exclusivamente de la admiración universal en ellos debida y completamente explotada.

Con los cuantiosos ingresos que obtuviéramos de esta adecuada organización podrían vivir holgadamente muchas de nuestras desconocidas, pero interesantísimas, viejas ciudades; y por avaricia acaso, ya que no por estricto deber, podríamos atender a la conservación de todos nuestros incontables monumentos, poblando al propio tiempo de jardines nuestras ciudades y villas y de arbolado sus alrededores, dotándoles de limpios y bien cuidados hoteles y de numerosas comunicaciones fáciles.

Grandes ventajas económicas pueden obtenerse también del fomento y exportación de las admirables producciones de nuestras florecientes industrias artísticas, labor extraordinaria que nuestros arquitectos han precisado improvisar en cerámica, hierros forjados, muebles, tapices, cueros y tantos otros que integran nuestra Arquitectura y que, como tantas veces se ha dicho, tienen derecho, no ya a imperar ampliamente en nuestro territorio, sino que deben aspirar a gran parte del mercado de hispanoamérica, complementando así la labor hermana que allí realizan ya habilísimos cultivadores. Se precisaría para su propaganda Exposiciones bien organizadas y publicaciones monográficas oficiales, detallando este aspecto tan importante de nuestra producción artística (1).

(1) Ha sido verdaderamente extraordinario el éxito de España en la reciente Exposición Internacional de Artes decorativas de París. Realmente, el mérito de nuestras industrias artísticas es generalmente reconocido. La única verdadera causa de lo insignificante del volumen de obra exportada es la desesperante lentitud de producción, incompatible con la rapidez exigida a las modernas construcciones. (Nota de 1925.)

PALACIO DE LAS ARTES



PLANTA NOBLE

Para obtener el máximo rendimiento espiritual y material de nuestra Pintura y Escultura contemporáneas aplicadas a la Arquitectura será necesario realizar la aspiración, por nadie discutida hoy, de reunir las Escuelas profesionales de las tres artes para llegar a la unidad de producción, con su resultante en la ejecución de obras de magníficos conjuntos semejantes a los producidos en las grandes épocas del arte antiguo.

Hoy las artes hermanas se encuentran casi en absoluto aisladas, y, si bien es cierto que en España rara vez la Arquitectura de todos los tiempos acogió ampliamente a la Pintura, aquélla y la Escultura se fusionaron en las grandes épocas de tal modo que en muchos monumentos nuestros se presentan unidas de modo indisoluble.

Sin duda a aquel extraño caso de repulsa de la Arquitectura a la Pintura contribuyó el carácter, un tanto conventual y austero, de las casas y palacios españoles de otros tiempos, y en la España meridional se oponía entonces a ello también la fuerte tradición árabe, que los rechazaba.

Solamente se aceptaban entonces los blancos muros lisos o los de escueta cantería y severos artesonados, y, cuando más, se ofreció un lugar a la tapicería policroma, ya que con ésta, por su carácter transitorio, sólo se concedía a la sensualidad del color breve expansión en fechas determinadas de solemne fiesta; y en las catedrales, en las que el Arte en todas sus manifestaciones entraba siempre triunfal, tampoco la pintura mural podía tener aceptación, por su deslucimiento en la imposible competencia con la estridente y, a la vez, dulce sinfonía de luz y de color desatada a torrentes de los altos vitrales, y que, por su contraste con la negrura interior del templo, invita más fuertemente a los sentimientos de misticismo.

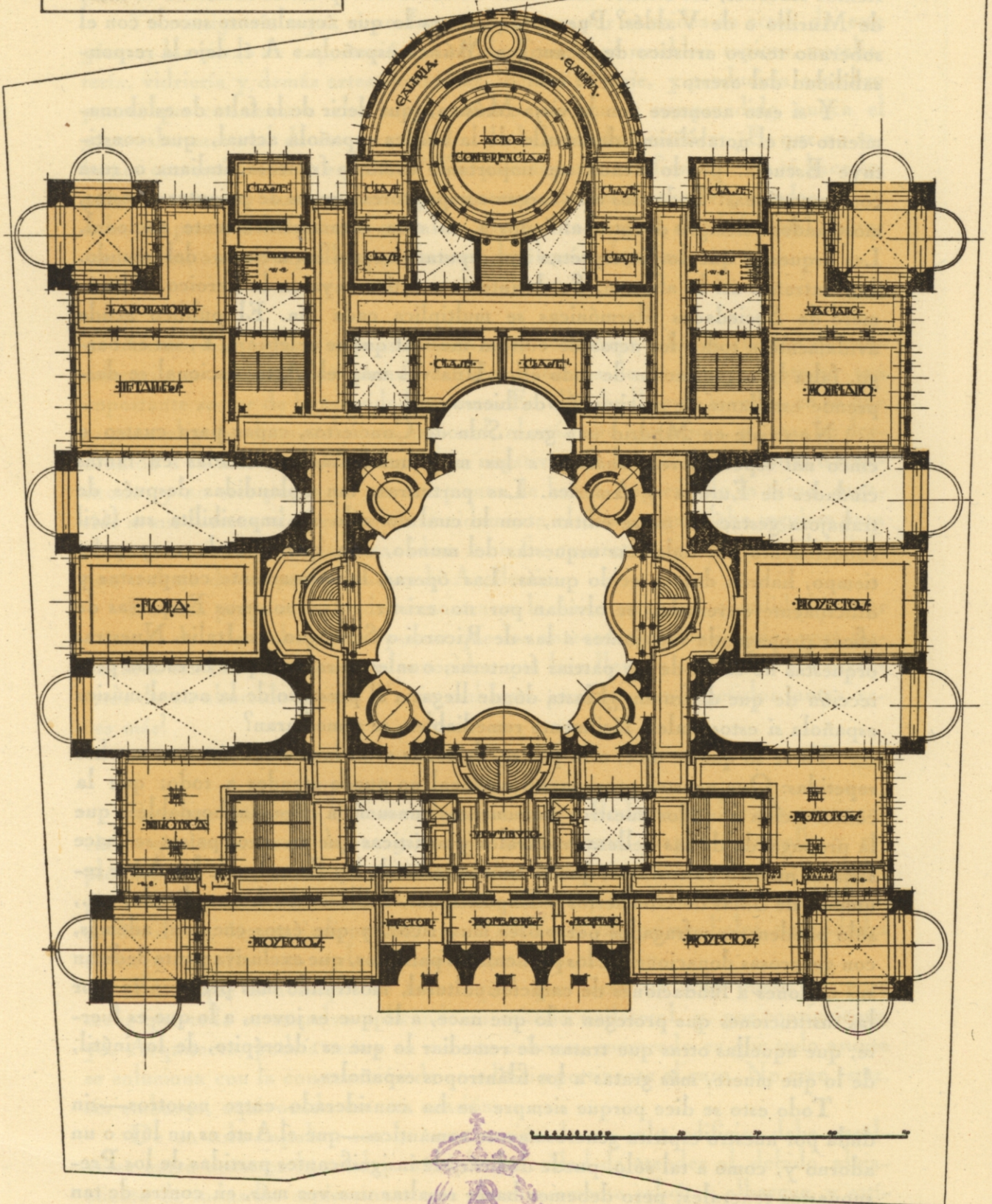
Aun en nuestros días he podido observar la persistencia de este obstinado divorcio. Los *mecenas* actuales admiten en los presupuestos, sin gran extrañeza, partidas de considerable importancia para esculturas en yeserías y aun en tallas de madera. Ensayad a consignar en las partidas de gastos de los presupuestos de obra la más insignificante para pintura decorativa, y la veréis inmediatamente rechazada.

Pero, a pesar de todo, nada verdaderamente fundamental se opone, según mi modo de ver, a que en nuestros tiempos nuevos aportemos a los grandes edificios, y aun a los más modestos, la alegría del color. Yo mismo he llevado al presupuesto para la pintura decorativa y escultura monumental del edificio que construyo para el Círculo de Bellas Artes una cifra de un millón de pesetas.

Por cierto que esta benemérita Sociedad realizará en su nueva instalación un ensayo de «Escuela libre de las tres Artes reunidas», cuyos resultados será interesantísimo observar.

Es muy urgente también reorganizar el cultivo y utilización económica de nuestra Música antigua y moderna. De aquélla me decía no ha mucho, vibrante de emoción, un notable músico español que los tesoros que en lugares húmedos y poco vigilados de archivos, catedrales y conventos se extinguen por abandono, son equivalentes, en mérito, a los tesoros que en Pintura conservamos (cada día con mayor devoción y acierto) en nuestra incomparable

PALACIO DE LAS ARTES



PLANTAS SUPERIORES

pinacoteca del Prado; y se preguntaba este artista, gran amigo mío: «¿Qué se diría si en lugar de esto dejáramos destruirse, hasta su desaparición, en polvorientos rincones, los lienzos inmortales de Zurbarán y de Ribera, del Greco, de Murillo o de Valdés? Pues esto, dice, es lo que actualmente sucede con el soberano tesoro artístico de la antigua Música española.» A él dejó la responsabilidad del aserto.

Y si esto acontece con la vieja Música, ¿qué decir de la falta de eslabonamiento en el notabilísimo desarrollo de la música española actual, que constituye Escuela, por lo menos, tan importante como la francesa, italiana o rusa contemporáneas? Todos los días surgen compositores nuevos de pujantes arrestos, mostrándose siempre devotos afiliados a un arte característicamente nacional. Las orquestas que los interpretan son reputadas como las mejores del mundo. Los extraños así lo afirman. Su desinterés artístico raya en lo heroico. El número de Sociedades filarmónicas se multiplica cada día. El público acude ávidamente a todos los actos de cultura musical que se celebran. Y, sin embargo, falta la organización de todo ello. Una vez más el Arte nacional se desprende estallante de su cinturón de hierro.

No existe en Madrid una gran Sala de Conciertos, capaz para cuatro o cinco mil espectadores, análoga a las muy numerosas construídas en tantas ciudades de Europa y América. Las partituras, tan aplaudidas después de trabajosa gestación, no se editan, con lo cual no sólo se imposibilita su fácil conocimiento por todas las orquestas del mundo, sino que, pasado muy poco tiempo, habrán desaparecido quizás. Las óperas, laboriosamente compuestas y difícilmente estrenadas, se olvidan por no existir entre nosotros Empresas de eficaz propaganda semejantes a las de Ricordi o Sonzogno, en Italia. Nuestras orquestas no salen de las patrias fronteras, o salen rara vez, por la escasa protección de que disfrutan. ¿Hasta dónde llegaría el prestigio de la actual música española si estos males, fácilmente remediables, se remediaran?

Ya sé lo que se dice, a la postre, de todas estas lamentaciones, por muchos repetidas: Que nuestro presupuesto nacional no puede atender a todo; que la conservación de todos nuestros monumentos consumiría cifras inabordables; que la propaganda de las bellezas naturales y artísticas que en otros países se hace sería al nuestro costosísima; que la construcción de las Escuelas de las Artes reunidas, de Salas de Conciertos y Exposiciones, Talleres de Arte aplicado, etc., sólo pueden ser sufragados por países muy ricos, y que éstos cuentan, además, con generosas donaciones de los particulares patriotas, que exclusivamente dedican sus millones a fundaciones de carácter cultural, mostrando más preferencia por las instituciones que protegen a lo que nace, a lo que es joven, a lo que es fuerte, que aquellas otras que tratan de remediar lo que es decrepito, de lo inútil, de lo que muere, más gratas a los filántropos españoles.

Todo esto se dice porque siempre se ha considerado entre nosotros—sin duda por nuestro espíritu generosamente romántico—que el Arte es un lujo o un adorno y, como a tal sólo, puede dedicársele insignificantes partidas de los Presupuestos generales; pero debemos hacer resaltar una vez más, en contra de tan equivocado concepto, que, si constituye un motivo de orgullo para un país el

feliz cultivo de las Artes por señalar el más alto coeficiente de su espiritualidad inmortal, puede ser por añadidura, también, una fuente de enormes ingresos para su bienestar material.

Yo consignaría aquí, si no fuese inoportuno por su aridez en actos de este género, las cifras de exportación anual de Francia en muebles, tapices, metalistería, vidriería y demás artes suntuarias, incluso el traje, y produciría asombro pensar que con nuestro alto nivel artístico no hemos comprendido nunca el gran valor material de este gran poder de la actividad estética. ¿Es que no sabemos comerciar con lo espiritual? Yo, por mi parte, confieso que no sé hacerlo; pero reconozco y aun proclamo que nuestra nación no puede proceder así y debe adaptarse a las normas actuales, en que todo gira alrededor del factor económico, aun en aquello que parezca de él más alejado.



Como veis, todo lo expuesto hasta aquí constituye informe aluvión de consideraciones sobre nuestro pasado artístico y acerca de nuestro presente en tan importante sector de la actividad humana. En ellas he llegado a veces, en lo que es general y fundamentalmente nacional, al más alto optimismo, y otras he descendido a la más cruda de las críticas negativas en lo que es accidental o transitorio, y en este punto yo me arrepiento de haber emprendido la tarea, superior a mis fuerzas, de proponer atrevidamente el camino que debe seguirse para el encauzamiento de todas estas ideas a un fin concreto y práctico, finalidad de este trabajo de mi presentación a la Academia.

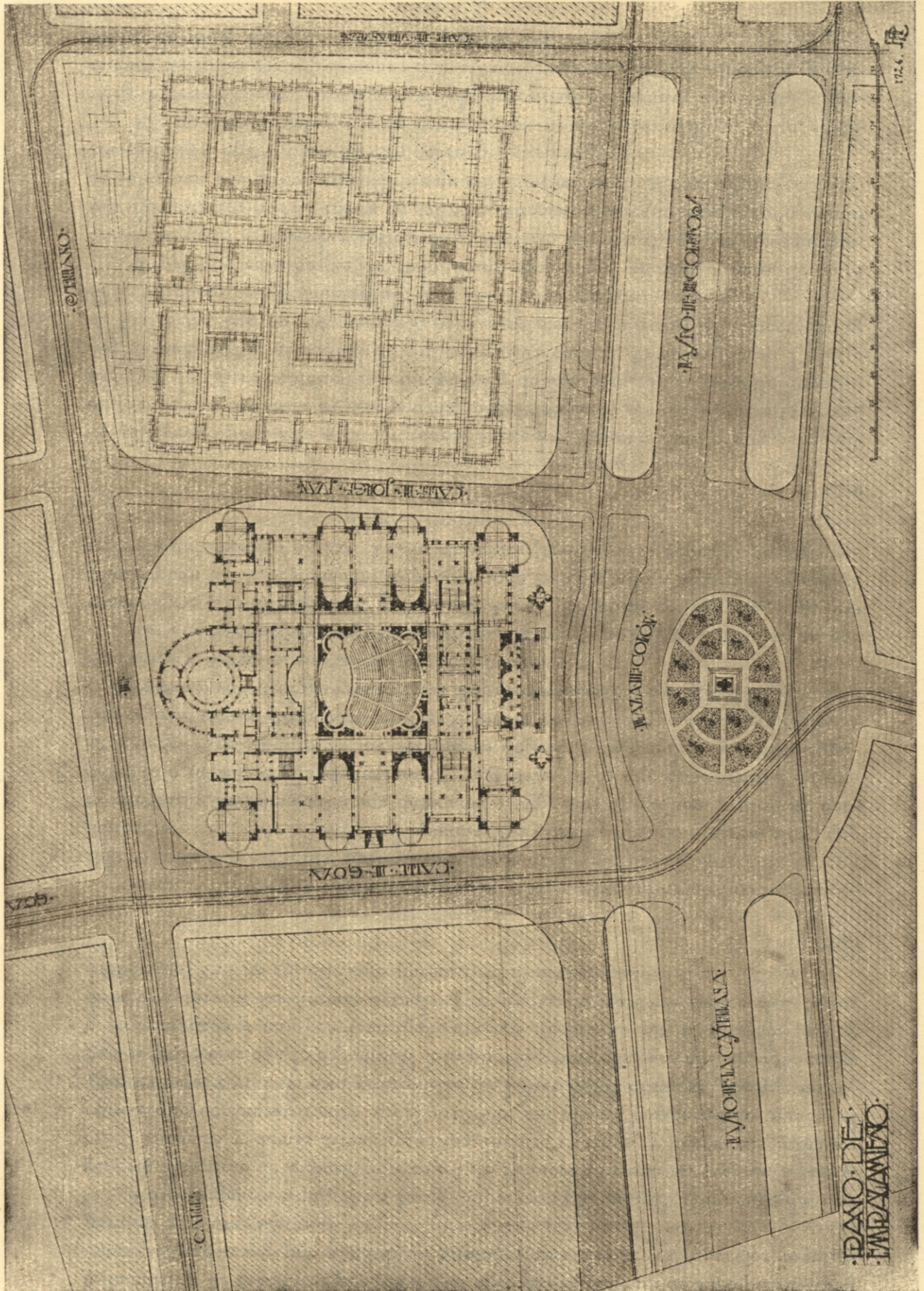
En esta proposición podrá encontrarse la única novedad o utilidad mayor o menor de este trabajo mío, puesto que los antecedentes consignados para justificarla son tan sobradamente conocidos que han llegado a alcanzar los caracteres de un aburrido tópico. Y, sin embargo, ¡será preciso repetirlos tantas veces más!



Expongo para ello a la consideración de los Poderes públicos la pertinencia de que se comience la reorganización del fomento, mayor desarrollo y esplendor del Arte contemporáneo español y debida atención al Arte del pasado, por la inexcusable necesidad de construir en la capital de la nación un *Palacio de las Artes*, órgano indispensable para satisfacer las primordiales necesidades de cuyo cumplimiento ineludible hice detallada mención.

Ya sé que es achaque de todo aquel que tiene un solo punto de mira creer que todo se resuelve aplicando su criterio unilateral, y, por consiguiente, yo, Arquitecto, podría temer en mí este criterio, encerrado en que todo asunto se soluciona con la construcción de un edificio pertinente al caso. No creo estar, sin embargo, equivocado en esta ocasión.

De un solo impulso, con la construcción de un solo edificio, debe resolverse entre nosotros la total y múltiple necesidad de atender al debido alojamiento de todas las aspiraciones que clamorosamente solicitan albergue y estímulos de todos los órdenes en este palacio del Arte.



CANTINE

CANTINE PAPIE

CANTINE DE PAPIE

PANTHEON DE PIUS IV

PANTHEON DE SIXTE

CANTINE DE PAPIE

PANO DE
BRAMANTE

Expongamos ahora brevemente cuáles habrán de ser sus características:

Para su emplazamiento existe un lugar maravilloso. Nada más apropiado que el espléndido, amplísimo solar, propiedad del Estado, de 18.500 metros cuadrados, en manzana aislada, situado en la plaza de Colón, con fachadas a esta plaza y a las calles de Serrano, Jorge Juan y Goya, solar que hoy ocupa la Fábrica de la Moneda, cuya demolición está decretada para construirla de nueva planta, en lugar adecuado, con arreglo a las más modernas necesidades.

Deberá retirarse de su frente el nuevo edificio en la medida necesaria para completar la gran rotonda de la plaza, actualmente mermada en su imperfecta alineación.

Y ¿cómo deberá concebirse la distribución de este edificio? ¿Cómo reflejará su *organismo* esta actividad integral de las Artes? ¿Cuáles deben ser sus trazas esenciales?

Para su distribución deberá determinar el núcleo central un inmenso «hall», en forma de anfiteatro, en donde puedan celebrarse conciertos, espectáculos de ópera y baile, conferencias, asambleas, proyecciones de arte, festivales, congresos y tantas otras reuniones de grandes multitudes como a diario solicitan las necesidades imposibles hoy de atender, acogiendo también a las múltiples Sociedades que actualmente cultivan la Música o la Literatura. Para celebrar tan numerosos actos se recurre al presente a lugares inadecuados, como son el edificio del Congreso de los Diputados, el Senado, el Ateneo o cualquier teatro o circo ecuestre, con detrimento del apropiado fin.

Alrededor de esta Gran Sala Central deberán disponerse numerosos salones para la celebración de Exposiciones de Bellas Artes y Artes aplicadas, que, renovándose continuamente, mantengan viva de modo permanente la avidez por el Arte que el pueblo madrileño siente acentuarse cada día. No está lejana la fecha en que el gran público no se interesaba en absoluto por las Exposiciones y, pasado el momento del esplendor oficial de la inauguración, no acudían allí más que los mismos expositores. Ahora las visitan las gentes a millares, y en alguna Exposición última se contaron en un día 9.000 entradas.

En el mismo Museo del Prado, antes raramente frecuentado, ha llegado en ciertos días a producir verdadero conflicto la admisión del público, contándose en alguno hasta 5.000 visitantes.

Y cuéntese que, en lo que a las Exposiciones se refiere, los locales actuales son mezquinos y absolutamente inadecuados, uno por falta de luz y el otro por exceso de ella, utilizables tan sólo durante dos meses del año, encontrándose, además, tan alejados del centro urbano y con tan difíciles y poco económicos medios de comunicación, que muchas veces constituye, para las clases populares, un verdadero sacrificio llegar hasta allí. Imaginemos cuál será el éxito de las Exposiciones de Bellas Artes cuando se disponga de amplios y céntricos locales iluminados con luz cenital y en condiciones de fácil acceso.

Las plantas superiores del nuevo edificio deberán destinarse a las Escuelas de Bellas Artes y Artes aplicadas, todas ellas con entradas independientes por las calles laterales, pero con directas comunicaciones entre sí. La necesidad de reunir a los estudios de Arquitectura los de Pintura, Escultura y los cur-

Los superiores de artes aplicadas es tan evidente, que los respectivos Claustros, que ya forman un solo escalafón oficial, lo han solicitado con insistencia tenaz, aunque sin éxito alguno hasta el presente. ¿Y qué decir de la necesidad de que cada una de estas enseñanzas disponga de lugares decorosos, amplios y adecuados? La actual Escuela de Arquitectura constituye una verdadera paradoja, y no es, ciertamente, su ambiente de lobreguez de antiguo convento apuntalado, de destartada construcción, y la miseria entera de su instalación el ambiente más apropiado para concebir los grandes edificios que el conjunto de las múltiples necesidades y el cobijo de las inmensas multitudes del presente siglo reclaman.

No muy superiores a ésta son las instalaciones de los estudios de Pintura y Escultura, y es evidente la necesidad de su mejora, que en el futuro edificio podría llegar a la perfección deseable, con clases debidamente instaladas, con iluminación y disposición adecuada a cada una y grandes terrazas con jardines, fuentes, estatuas, etc., para la pintura a pleno aire.

En semisótanos bien iluminados y amplísimos se instalarían los talleres de labra de la piedra y la madera, la metalistería y cerámica, la vidriería artística, tapices y cueros. Se dispondrían allí también talleres de vaciados, productores de colecciones escolares y reproducciones artísticas, para las entidades y particulares que constantemente las solicitan. En el lugar más oportuno se dispondría el gran Archivo nacional de Música y los talleres para la edición de partituras.

Preferentísima había de ser en el edificio la instalación de los locales de esta Real Academia, que, si bien es cierto que en este venerable lugar tiene abolengo histórico y artístico, ni sus salones, ni su biblioteca, ni, en fin, sus admirables colecciones de Pintura y Escultura, tienen mediana instalación, que en el futuro palacio deberá ser espléndida.

La Junta de excavaciones, la de construcciones civiles, Juntas de Museos, Estudios históricos, Conservación de Monumentos, Fomento del Turismo, todo, en resumen, lo que con el Arte se relacione, debe tener cabida en la magna obra cuya construcción propongo.

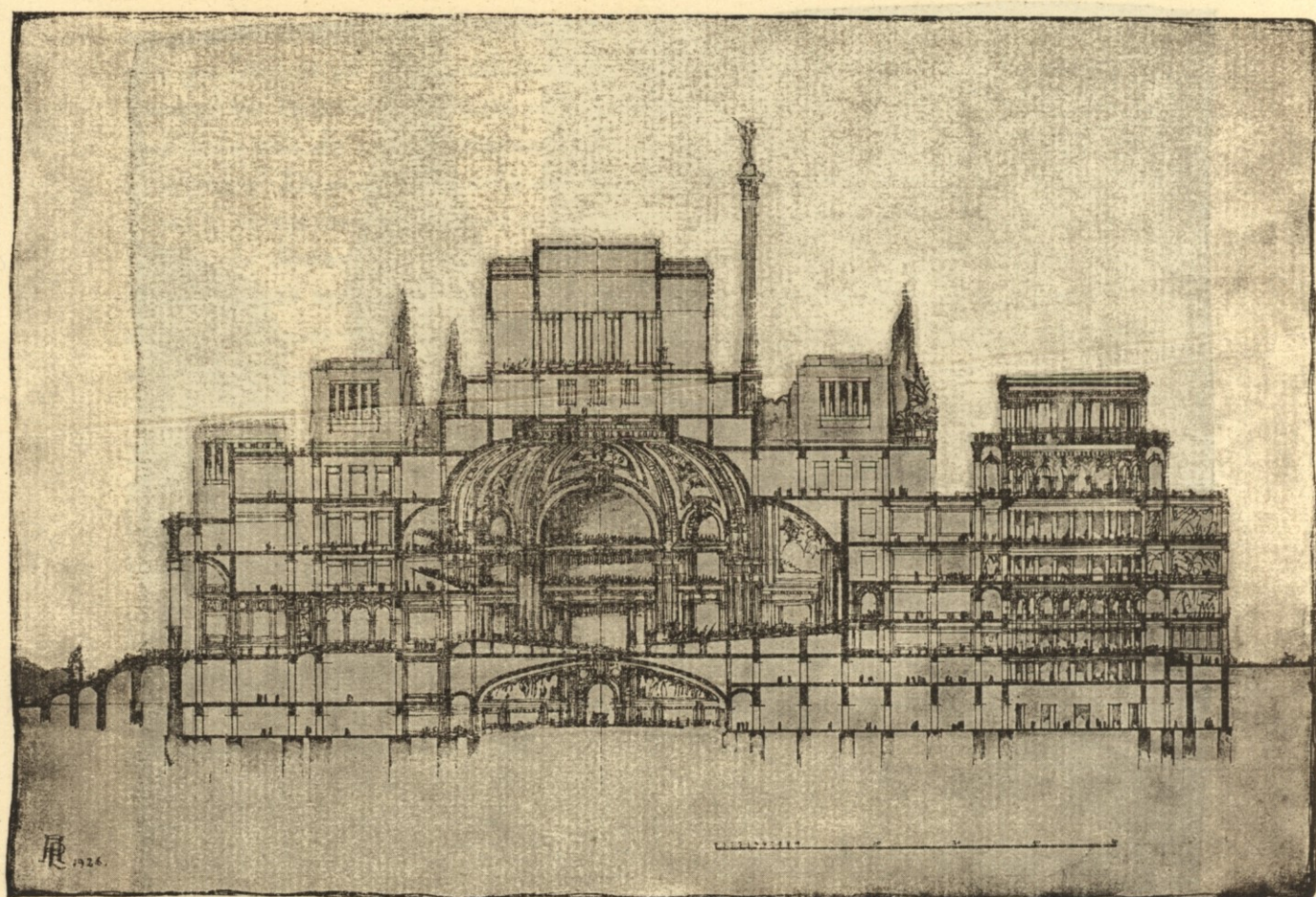
Y, finalmente, terminando el esquemático programa de este edificio por donde debíamos haberlo comenzado, en él, y con entrada independiente por la calle de Serrano, deberán instalarse todas las dependencias de la Dirección general de Bellas Artes, que de este modo tendría bajo su celo, custodia y atenciones la organización entera de las Bellas Artes de España, y percibiría así de cerca su ansioso latir y, con la convivencia, el cuidado entrañable.

La Dirección de Bellas Artes alcanzaría entonces la importancia que ha adquirido, por ejemplo, la de Comunicaciones al ser alojada, al frente del conjunto de todos sus servicios, en el palacio de la plaza de Castelar.

He aquí la magna empresa oficial que es preciso acometer, y con ella la fusión íntima de los elementos directivos de las Bellas Artes con el Profesorado, con los artistas, con el pueblo. Imaginaos, en efecto, cuando más de cinco mil personas acudan a una de las magníficas representaciones, conciertos o culturales asambleas que en él se celebren, y en los intermedios puedan circu-



Croquis de un fragmento
de la fachada posterior.



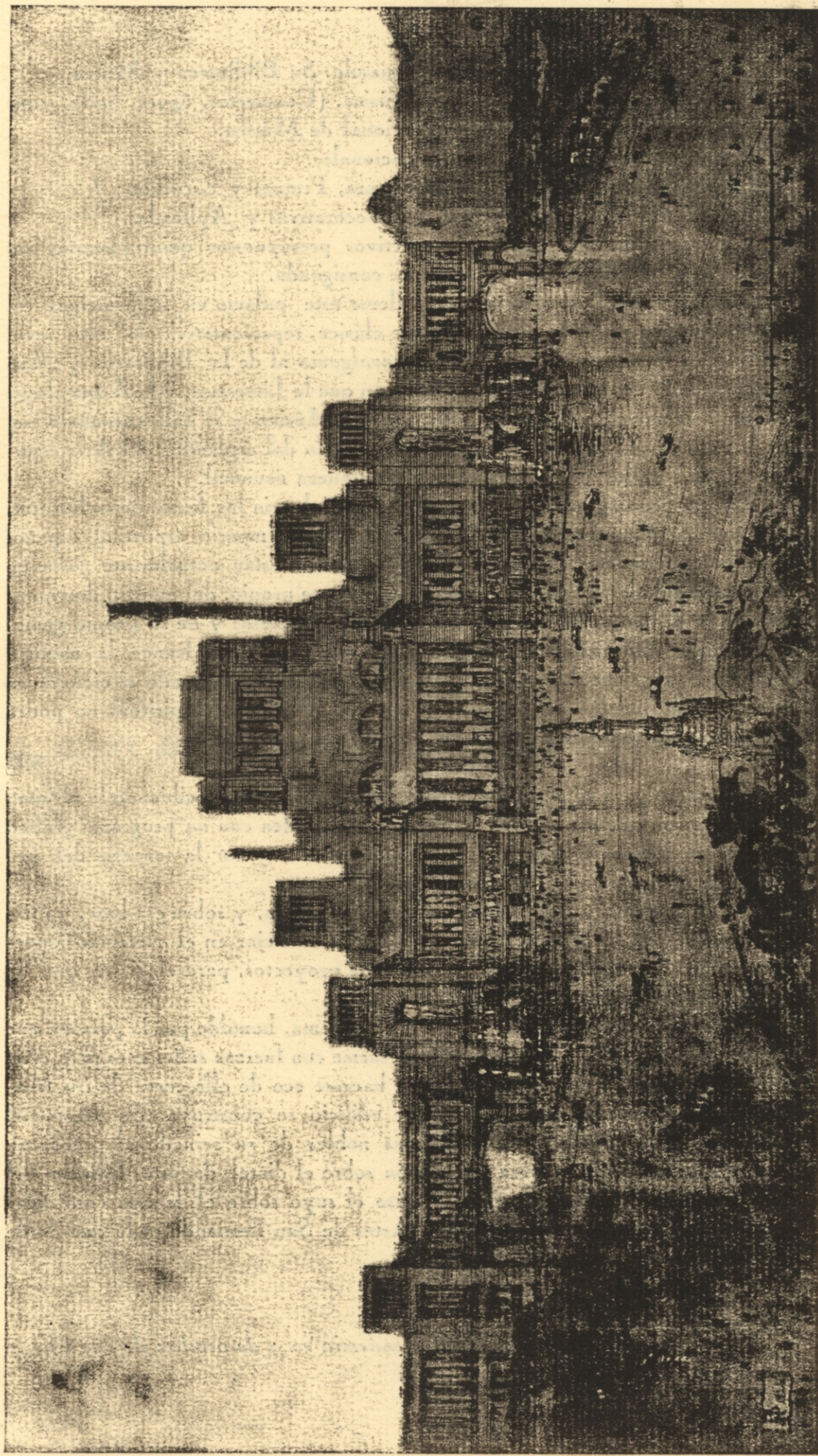
SECCIÓN LONGITUDINAL

lar libremente por las grandes galerías y salones en los que se exhiben cuadros, estatuas, muebles y todo género de obras de Arte. ¡Esa será la gran fiesta integral del espíritu que el pueblo de Madrid necesita y ansía!

Y ¿cómo realizar la soñada aspiración? Veinticinco, treinta millones de pesetas serían precisos para construir el edificio. Representa, sin duda, esta cifra una carga de consideración para el Erario público, que a otras tan sagradas atenciones ha de acudir. Pero, ¿no reportaría a la Patria tantos beneficios, por lo menos, como el gasto de construcción de un camino más o menos útil, o la de un torpedero? ¿Concebís la trascendencia enorme que para la cultura nacional, para el aumento del ya considerable crédito artístico que España posee en el mundo, tendría la creación de este órgano productor de Arte y de riqueza? Otras positivas derivaciones serían también el fomento de las artes e industrias de la construcción y el embellecimiento que para la capital de España pudiera la ejecución de tal edificio significar.

Por otra parte, considérese la gran economía que representaría el realizar en conjunto el alojamiento de los servicios públicos relacionados con las Bellas Artes, cuya construcción es inaplazable, y, prescindiendo aun del valor de los respectivos solares, cífrase y súmese después los que aquí desgloso:

Edificio para la Dirección general de Bellas Artes.



Croquis de la fachada
a la plaza de Colón.



Edificio para Academia de San Fernando. Su Biblioteca y Museo.

Edificio Palacio Nacional de la Música. (Conciertos, ópera, baile, conferencias, asambleas, etc.) Archivo Nacional de Música.

Edificio Palacio de Exposiciones nacionales.

Edificio de las Escuelas de Arquitectura, Pintura y Escultura; y

Edificio Escuela Superior de Artes Decorativas y Aplicadas.

La suma de las cifras de los respectivos presupuestos quintuplicaría, sin duda alguna, la cifra única anteriormente consignada.

Reúnanse todos estos elementos y álcese este palacio en la principal vía de Madrid, con magnífica y serena mole clásica, representativa del alto nivel espiritual de la nación, y únase con un *cavalgavia* al de la Biblioteca y Museos, formando así un conjunto magnífico en que la Literatura y la Arqueología vinieran a sumarse a las Artes plásticas y a la Música, y se habrá asentado con ello la más sólida base para el máximo desarrollo del esplendor del Arte español y de una de las mayores fuentes de la riqueza nacional.

España precisa, para no interrumpir con violencia los fastos de su historia, coadyuvar ampliamente a la formación del futuro Imperio espiritual español de ambos continentes. Veinte naciones hermanas están actualmente gestando veinte modalidades, ricamente diversas, de un arte propio, del nuestro derivado, pero de su propio ambiente y de las raíces de sus suelos y de su propio genio, nutrido. Tan sólo cuando este Imperio del arte hispánico alcance la máxima floración en esos pueblos nuevos y libres, España habrá cerrado el ciclo de su gloria, con la singularidad de que ese inmenso Virreinato espiritual no podrá serle arrebatado ya por nadie.

Considero para mí un doble honor el que hoy cosecho recibiendo la altísima investidura con que me honráis y ofreciendo esta idea con un programa gráfico expuesto en algunos croquis y este programa escrito con la torpeza del que utiliza un oficio que no es el suyo propio.

Mejórense uno y otro por esta alta Corporación, y sobre esa base, ya firme, acójense por los Poderes públicos a fin de anunciar en el momento oportuno el correspondiente concurso nacional de proyectos, para elegir el que de modo definitivo haya de ser realizado.

Desde esta noble tribuna, ilustre por sí misma, humilde por la persona que en este momento la ocupa, puedo considerarme con fuerzas suficientes para dirigirles esta súplica, a fin de que se dignen hacerse eco de ella cerca de Su Majestad el Rey, en demanda de que este edificio se construya. Su Majestad trazaría con ello una de las páginas más nobles de su reinado al grabar su nombre, ya glorioso, en áurea inscripción sobre el dintel de este Palacio del Arte, como el gran Rey Carlos III puso el suyo sobre el de esta casa solariega de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, a la que desde hoy me honro en pertenecer.

He dicho.

(Aprobado por la Real Academia en 9 de octubre de 1924.)

CONTESTACIÓN DEL
ILMO. SR. D. MANUEL A. ALVAREZ AMOROSO

Señores:

Honrado por esta Academia con el encargo de contestar, en su nombre, al discurso de entrada que acaba de leer mi estimado compañero D. Antonio Palacios y Ramilo, he de manifestar que, falto de condiciones literarias, no me es posible, como sería mi deseo, hacerlo con la elocuencia que el nuevo académico se merece por las atinadas frases que expone de cariño y entusiasmo por las Bellas Artes y patriótico anhelo de su mayor progreso.

¿Qué he de decir en elogio suyo? Si de todos es conocida su labor, verdaderamente notable, demostrada por tantos concursos ganados tan brillantemente, por la gran cantidad de obras como ha construído en relativo poco tiempo, entre ellas muchas monumentales, sólo puedo decir, porque de ello no tenéis noticias, que Palacios se distinguió en la Escuela de Arquitectura por su gran disposición, constancia en el trabajo y por su entusiasmo por el Arte, dotado de gran imaginación y facilidad en la expresión, por su dominio en el lenguaje del dibujo, sobresaliendo en el estudio de la distribución de las plantas, resolviéndolas fácilmente, sencillas, armónicas y hasta geniales y grandiosas; y como de la buena disposición de las plantas depende la mayor monumentalidad de los alzados, con poco esfuerzo los resolvía también grandiosos.

A nuestro entender, el mérito principal del Arquitecto consiste en la buena disposición de las plantas, pues si éstas resultan mal compuestas, sus alzados serán mezquinos de proporciones, y si, a costa de grandes esfuerzos, los resolviera grandiosos, sería a falta de algún requisito indispensable, y, sobre todo, el edificio carecería de esa unidad tan precisa en toda obra de arte, por el divorcio entre su disposición interior y la expresión exterior.

Menciona en su discurso el nuevo académico el gran renombre que alcanzaron los artistas españoles en Europa y el abundante tesoro artístico que nos

legaron, no solamente en Pintura, Escultura y Música, sino también en el arte de la joyería, platería, hierros, sedas, tapices, cueros y cerámica; tesoro que excita la codicia de los extranjeros hasta tal grado que, si el patriotismo de nuestro pueblo y el del Gobierno no lo impide, en el transcurso de pocos años tendremos que ir a ver y estudiar en sus Museos estos productos riquísimos de nuestras Artes.

En el presente es tan grande la aptitud y afición en el cultivo de las Artes en nuestro país, que surgen verdaderas celebridades que luchan con ventaja con las de otras naciones; lo que es verdaderamente admirable, dada la escasa protección que el Estado puede dedicar, y la ninguna de la gente adinerada, a la enseñanza y progreso de las Artes.

Tan esto es cierto, que vemos con asombro a los niños de los obreros, después de un día de trabajo, cansados, asistir con asiduidad a las enseñanzas que se dan en las Escuelas de Artes y Oficios, y de las cuales salen obreros tan aptos y aplicados, que la mayoría de los que el Estado manda, con muy buena intención, a estudiar al Extranjero, no vuelven a España por lo preferidos que son a los naturales, privándonos de su concurso.

Es también verdaderamente sorprendente el número extraordinario de alumnos que concurren a las Escuelas de Pintura, Escultura y Música que con entusiasmo siguen sus estudios durante muchos años, sin estímulos ni esperanzas de conseguir un mediano pasar, y no se desalientan al ver que artistas que, después de grandes esfuerzos y penalidades, han llegado a obtener renombre, a su fallecimiento dejan a su familia en la mayor miseria.

¿A qué grado de adelanto artístico se llegaría si a esa juventud tan inteligente y entusiasta hasta llegar, en casos, al fanatismo artístico; si, en lugar de encontrar la mayor indiferencia, se la alentara, apreciándola en lo que vale, por los Poderes públicos y, sobre todo, por el público en general?

Respecto de la Arquitectura, demostrado queda la importancia que adquirió por el gran número de edificios verdaderamente notables que aún existen, cuya contemplación y estudio es el objetivo principal de los excursionistas extranjeros que nos visitan, y no, como algunos creen, vienen solamente a ver una corrida de toros o una zambra gitana. Este tesoro que nos legaron nuestros antepasados produce grandes ingresos, que aumentarían mucho más, como ha indicado en su discurso el Sr. Palacios, si se atendiera con mayor interés a su conservación y facilitar el turismo. En la actualidad el Estado facilita los recursos de que dispone, dada la situación de nuestra Hacienda, y, sin embargo, es lo cierto que son siempre muy escasos, debido a que para las atenciones de las Bellas Artes estamos siempre en período de economías, dedicando hoy para este objeto las mismas cantidades que hace años se empleaban a este fin, resultando cada día más insuficientes, debido al aumento que han tenido jornales y materiales y, como consecuencia, las obras de conservación se ejecutan con tal lentitud que duran muchos años en los edificios privilegiados, pues otros están en tal estado de abandono que se ha dado ya el caso de que, cuando se ha tratado de atender a algún monumento declarado nacional, era demasiado tarde por haberse convertido en un montón de escombros. Esta

situación de nuestros monumentos produce descrédito para el país, y también para el facultativo encargado de la dirección de las obras, considerando que los extranjeros han de comparar este estado de abandono y ruina con los de sus países, en los que son atendidos hasta lo más mínimo y superfluo y son respetados por todas las clases sociales.

En cuanto a nuestra Arquitectura contemporánea, es tal el número de obras de todas clases, y muchas de verdadera importancia, que se han construido en nuestro país modernamente, que demuestran nuestros jóvenes arquitectos estar capacitados para hacer hasta los edificios más ricos e importantes sin tener necesidad de que nuestra clase acomodada recurra a facultativos extranjeros. También lo están para concurrir a los concursos internacionales, sobre todo los que se celebran en la América española, como lo acredita el triunfo obtenido recientemente en dos de ellos; y es de sentir que no concurren con más frecuencia, quizá por apocamiento o por exceso de modestia y dejarse influir por este ambiente de pesimismo que nos rodea. Dos causas pueden ser también origen de este retraimiento: la escasez de recursos para concurrir, dado lo caro que resulta la presentación de los proyectos con el debido detalle, y la otra, la falta de conocimiento en tiempo oportuno de los anuncios de estos concursos. Para evitar estas dos causas sería preciso que por los Centros directivos se les alentara con premios, y que por el Ministerio de Estado se facilitara la publicidad, con la debida anticipación, de los programas, plano de emplazamiento, cantidad que se destina y demás noticias indispensables.

Si por estos medios se consiguiera mayor concurrencia y mayores éxitos, que en nuestro país tanto se aprecia, no tan sólo en lo que a la Arquitectura se refiere, sino a todas las Artes, resultando los artistas consagrados en concursos de otros países ser los más celebrados entre nosotros, así, en lo que se refiere a la Arquitectura, no se volvería a edificar en tan gran número esas construcciones exóticas, extrañas por completo a nuestra manera de vivir y al ambiente de nuestro clima.

Agradezco las frases que me dedica en su discurso mi querido amigo y antiguo discípulo, y a este propósito he de manifestar que, debido a los muchos años que he estado dedicado a la enseñanza, no tiene nada de particular que tenga muchos alumnos que han alcanzado prestigioso nombre; y si se tiene en cuenta que cuando el profesor tiene la suerte, como a mí me ha ocurrido, de encontrar alumnos inteligentes y entusiastas, la labor es tan fácil que no alcanza mérito alguno. Un ejemplo justifica lo dicho: el nuevo académico no ha necesitado más que su propio esfuerzo para adquirir un nombre verdaderamente relevante y popular, que por sus muchas y notables obras perdurará por muchos años, siendo su notable labor un jalón en la historia del Arte arquitectónico de nuestra querida España.

Termina su discurso el Sr. Palacios proponiendo la construcción de un gran Palacio de las Artes en la manzana ocupada hoy por la Casa de la Moneda, en el que se instalarían todas las enseñanzas, centros y dependencias que con las Artes se relaciona. Esta grandiosa idea la realizaría en un proyecto de verdadera importancia artística, y cuya finalidad sería un acierto, pues

pondría en relación íntima las enseñanzas de artes hermanas que deben cooperar juntas a la exaltación del Arte, y que hoy están dispersas en locales viejos, pobres e impropios para enseñanzas tan excelsas, y también daría mayor unidad a su administración, haciéndola más rápida, acertada y económica. Sería una desgracia no pudiera realizarse tan monumental proyecto, por el perjuicio y retraso que traería al progreso legítimo a que debemos aspirar en las Bellas Artes, que tanto prestigio han adquirido; por lo que es desear que el Sr. Palacios consiga la realización de idea tan patriótica, sumando este nuevo éxito a su ya larga y brillante historia.

La idea fundamental de este proyecto me sugiere otra, no tan importante, y, sin embargo, creo pudiera tener singular trascendencia.

No existe un edificio o reunión íntima de ellos que represente el grado de adelanto en los conocimientos de la civilización en la época actual como lo era en el período romano el edificio de las Termas, en donde es sabido existían éxedras, cátedras y salas de conferencias, en donde se cursaban y explicaban todos los temas referentes a sus conocimientos en Historia, Geografía, Filosofía, Religión, Ciencias, etc., etc., y bibliotecas en donde se guardaban todos los documentos productos del saber humano. Y recibía su nombre por existir en el cuerpo principal de las Termas baños de todas clases, desde los pequeños en pilas hasta los monumentales dedicados a baños fríos de natación, templados y los calientes o estufas, las salas destinadas a untuarios y fricciones. Espacios que rodeaban este cuerpo principal estaban dedicados como complementos a la cultura física en palestras y gimnasios. Estos edificios, de una magnificencia extraordinaria, como no existe hoy día en ningún país, tanto por sus grandiosas dimensiones como por su decoración riquísima, en columnas monolíticas de granito gris y rojo, cornisas de mármol blanco, revestimiento de sus paredes de este material de varios colores, sus pisos de mosaicos, de mármoles y vidrio, hornacinas con estatuas de mármol o bronce dorados, o con jarrones y candelabros preciosos y fuentes con pilas de pórfido verde y rojo. En resumen: era la finalidad de las Termas el desarrollo intelectual, artístico y físico, reflejo del estado de civilización de aquel gran pueblo; finalidad que se procura culmine en la actualidad, sin que, como queda dicho, exista edificio que lo realice.

Indudablemente el gran desarrollo que han adquirido las enseñanzas en todas las Facultades y Escuelas especiales y el que han de adquirir en el porvenir hacen imposible que hasta naciones adineradas realicen semejante proyecto.

Tal vez en nuestro país pudiera hacerse, como complemento muy modesto al monumental del Sr. Palacios, un edificio o conjunto de pequeños palacetes, o, aún más modesto, aprovechar algún edificio de los existentes, que constituyeran las cátedras representativas de enseñanzas superiores de cada una de las Facultades, para las que debieran darse por eminencias reconocidas, españolas y de otros países, a un pequeño número de alumnos seleccionados entre los sobresalientes que hubieran terminado sus carreras; y como, por desgracia, las eminencias no abundan, las cátedras serían poco numerosas y tendrían que ser pequeñas por el corto número de alumnos. Debía tener también una biblioteca

con pocos libros; pero éstos selectos, los fundamentales, los originales y progresivos; de este modo las consultas se harían con más facilidad en menor tiempo, y el estudio resultaría más intenso.

Si España pudiera y quisiera realizar esta idea volveríamos a los gloriosos tiempos, ya pasados, en los que nuestras Universidades, sobre todo las de Salamanca y Alcalá, irradiaban a toda Europa nuestros conocimientos.

Bien venido sea el Sr. Palacios a nuestra Academia para colaborar con nosotros en las tareas que le son propias y dedicadas a la conservación y desarrollo de las Artes.

He dicho.

(Aprobado por la Real Academia en 9 de octubre de 1924.)

